

Cernuda con intermitencias

Federico Patán

Nada agrego al mundo cuando afirmo que cada uno de nosotros tiene sus preferencias poéticas, incluso cuando ignora que lo habitan. Llegan de los lugares más insospechados para adherirse, en ocasiones lentamente, a nuestra piel cultural. Se las adquiere a lo largo del tiempo, se las cambia según uno cambia y en veces se las extravía, como terminé por extraviar la obra de Manuel M. Flores. Pero las hay que perduran e insisten en no separarse de nosotros. Pablo Neruda es un ejemplo en mi vida, Miguel Hernández otro y, desde luego, Antonio Machado. “Caminante, no hay camino...” me ha llenado el alma de meditaciones. ¿Y Luis Cernuda? se me preguntará, pidiéndome que entre ya en materia. Empiezo con una perplejidad: descubro que a Cernuda lo leo con intermitencias, como si declarando en esas separaciones una actitud de ponderación, que no deja de escandalizar a una parte de mi conformación poética. Pero a la vez sucede que, cuando regreso a sus poemas, me digo: indudablemente, estoy ante un escritor de excelencia.

¿Qué encuentro en él para así adjetivarlo? Iré por etapas. Primero, me veo ante un poeta de inicios titubeantes o si se prefiere exploradores, quizá seguidor de Jorge Guillén en algunos de sus aspectos formales. Un poeta que va construyendo su oficio y va buscando sus temas al parecer sin prisas, como si no quisiera encontrarse demasiado pronto con ellos. Pero inevitablemente, como le sucede a todo poeta verdadero, habrá de enfrentárseles, y lo hará, como todo poeta verdadero, para acatarlos. Y se diría entonces que su madurez formal se da en razón de su madurez temática, como si el ensamble de ambas fuera el requerimiento para crecer. Mi lectura, la de un mero lector atento, me hace pensar que Cernuda avanza desde un verso ceñido a ciertas prescripciones métricas a otro que se va liberando de tales seguimientos para alcanzar una fluidez rítmica que se transforma en gran poesía. Basta ir de las propuestas hechas en las primeras poesías, de 1924, a la edición definitiva de *La realidad y el deseo*, según mis datos, de 1965.

Esto lo compruebo si me asomo a un poema dedicado a “un ventilador cautivo”, lleno de buen humor y que rescata para el lector un momento de solaz, y de él paso a versos como “única realidad clara del mundo”, palabras estas últimas que se refieren a la muerte y establecen una posición ante la existencia humana. Si medito en el significado absoluto del verso, he de aceptarlo como una realidad terrena que me permite conocer mejor al poeta. Me pregunto entonces si “clara” significa luminosa, si quiere decir sin enigmas

o si abarca las dos propuestas. Algo en mí se inclina por esta interpretación última. Y a partir de ella uno el verso de Cernuda al de distintos poetas que han visto en la muerte un punto de significación absoluto.

132 En un poema claramente dedicado a Federico García Lorca, bien que no lo nombre directamente, Cernuda afirma que “Leve es la parte de la vida / Que como dioses rescatan los poetas”, y les atribuye una tarea que no habré de desmentir: la de penetrar en los secretos del mundo. Porque la vida cotidiana no parece interesarse en las honduras de la existencia, y queda a los poetas, dice Cernuda, el asomarse a las zonas oscuras que también conforman al ser humano, que tal vez conforman lo más perdurable del ser humano. Es quizá por eso que la poesía de Cernuda transita de una relativa calma inicial hacia la angustia última. Cernuda se ha asomado al hombre cotidiano y lo encuentra menguado de virtudes. Piensa que “la tierra ha sido medida por los hombres / con sus casas estrechas y matrimonios sórdidos”, versos de una dureza extrema pero también de una profunda desolación. Quizás a eso se refiera el título general dado a su obra: *La realidad y el deseo*, el enfrentamiento de lo que se tiene con lo que se quiere, el desencuentro entre ambos elementos.

Una de las razones de tal amargura, porque amargura siento en la poesía de Cernuda, la encuentro surgida del exilio. Exilio en el cual percibo una doble naturaleza que, ¿paradoja?, se complementa. Hablo de aquel sufrido por los republicanos españoles, provocado por la traición política de Franco, pero también de otro personal. Su poema “Impresión de destierro” es uno de los primeros en referirse a la primera realidad, la geográfica. Cernuda lo sitúa en Londres y uno de sus versos tajantes dice: “¿España?... Un nombre. España ha muerto” y el hombre sombrío que ha expulsado de sí estas palabras se borra entre la sombra húmeda. Y así era y así fue: la España de los exiliados había muerto, para dejar paso a una España que sólo habría de vivir en los recuerdos. ¿Y no es el recordar una de las tareas de la poesía?

El otro exilio es de orden espiritual. ¿Lo resume acaso el verso “De qué país eres tú”? Cernuda era homosexual y expresó claramente sus preferencias eróticas. Las expresó en un medio social y en unos tiempos reacios a conceder libertades de este tipo a una persona. *Los placeres prohibidos*, de 1931, no es parco en aceptar esta realidad, percibida de la siguiente manera: “como nace un deseo sobre torres de espanto”. Por lo mismo es una realidad amarga porque significa un aislamiento profundo. *Vivir sin estar viviendo* titulará Cernuda a un libro de 1944.

Con esto llego al que tal vez sea el sentimiento central del poeta: aquel de la soledad. “Como llenarte, soledad, sino contigo misma...” dirá entonces en un par de versos estremecedores. Pero es una soledad que, pese a su terrible significado, aporta un consuelo mínimo: el aislarse de los hostigamientos del mundo. Por eso, la soledad se llena a plenitud con soledad. Sin embargo, el tra-

to inicial con ella es de lamento. “Soledad sin amor ni claro día” dirá entonces el poeta. Por la misma época describirá su condición: “En soledad. No se siente el mundo...”, versos donde encuentro un asomo de satisfacción porque el mundo queda fuera de uno. Poco a poco ese mundo se vuelve “un muro frente al cual estoy solo”. Finalmente, la soledad se transforma en respuesta a la incomodidad de cohabitar con el mundo. Se da entonces el intento de vivir “donde habite el olvido”, allí “donde el deseo no exista”. Esta renuncia última me parece muy significativa como punto de llegada.

Si vamos cronológicamente por la obra de Cernuda, veremos su lenta pero segura aceptación de las condiciones sentimentales que lo mueven. Siempre será un cuerpo joven, apenas florecido, al que se aprecia en su conformación física y rara, si es que alguna vez, en la espiritual. Hay un gozo enorme en contemplar esa belleza en vías de maduración. Escuchemos: “Yo te adoraba como cifra de todo cuerpo bello”, palabras que resumen la situación, pienso yo. En cada cuerpo se ve la suma de todos los cuerpos deseados. Pero, ay, también existe en el mundo el envejecimiento, que se vuelve otro tema de la poesía cernudiana. “Mientras los años, muertos como un muerto, / abren su tumba de estrellas apagadas” comentará entonces el poeta. Una triste seguridad de ir hacia los años últimos, de ir perdiendo la juventud primero y la madurez más tarde ciñe la poesía de Cernuda. La tristeza se asienta entonces en muchos de los poemas del autor.

Quizá, me digo entonces, por eso el mar tiene una presencia tan definitiva en esta poesía. ¿Será en su sentido manriqueano? Atendamos: “Aquella noche el mar no tuvo sueño” es una manera metafórica de describir el quehacer del mar, pero el verso final del poema es muy claro: se llega “adonde acaba el mundo”. O bien la afirmación “Quién podría vivir en la tierra / si no fuera por el mar”, donde a la rutina de lo cotidiano se opone la posibilidad de aventura que casi todo mar encierra. Más adelante se afirma que el mar calma con su presencia y finalmente se declara “El mar, y nada más”. Entonces no es un símbolo de muerte, sino una presencia positiva, que se opone a aquella patibularia de la tierra. ¿Nos dirá con esto Cernuda que lo valioso del hombre es lo espiritual?

Pienso que Cernuda encontró que el mundo era un lugar de hostigamiento y que, por tanto, la soledad era el estado preferible para el hombre. Todo esto mediante una poesía cada vez más enriquecida de talento, en la que la precisión del ritmo y la belleza de las imágenes elevan ciertos poemas hasta la gran poesía, dejando otros en excelentes. “Busqué lo que pensaba” es un verso que puede tenerlo a uno entretenido un tiempo largo, sacándole sus significados. O escucho que “el hechizo del agua detiene los instantes” y me regodeo en el sonido y en la imagen o uno de mis versos preferidos: “La noche por ser triste carece de fronteras”. Son ideas transformadas en poesía que hacen meditar deleitando.

Ahora bien, hay otro Cernuda menos frecuentado por los lectores: el ensayista. No es cuestión de entrar ahora en los detalles de esta producción, pero sí de recordar que incluye 1 600 páginas de buena prosa en torno de temas que a Cernuda le fueron importantes, entre ellos su libro *Variaciones sobre tema mexicano*, de 1952, donde ha dejado constancia de la visión que tuvo de México. No es de marginar sus estudios sobre poesía española e inglesa o sus anotaciones, donde un profundo sentido de la ironía surge constantemente. Cuando se examina la obra total de Cernuda, no cabe sino ponerlo entre los mejores exponentes de su generación y uno de los mejores en la poesía española del siglo XX, no quedándome como tarea sino el preguntarme: entonces ¿por qué un Cernuda intermitente?